

Editorial

***“Les aseguro que si mis discípulos callan,
gritarán las piedras” (Lc 19:40)***

Jesucristo nos pide proclamar la Buena Nueva con un lenguaje que haga más cercano el mismo Evangelio de siempre a las nuevas realidades culturales de hoy. Desde la riqueza inagotable de Cristo, se han de buscar las nuevas expresiones que permitan evangelizar los ambientes marcados por la cultura urbana e inculturar el Evangelio en las nuevas formas de la cultura adveniente (IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Santo Domingo: Conclusiones, n. 30)

El *Kerygma*, núcleo fundante del Anuncio de la Doctrina Social de la Iglesia

*Lo que hemos visto y oído, se lo anunciamos
también a ustedes (1 Jn 1:3)*

Desde el Instituto Enrique Shaw y su órgano de difusión, *Filópolis en Cristo*, continuamos con alegría y entusiasmo nuestro objetivo de anunciar la Doctrina Social de la Iglesia. Transitamos en el contexto eclesial caracterizado por el primer año del pontificado de León XIV, que con su prédica y gestos pastorales va dándole una fisonomía propia a su servicio en la Sede Romana, en la que recogiendo y continuando el impulso de sus predecesores, enriquece el legado recibido

con nuevas intuiciones, perspectivas y sugerentes enseñanzas doctrinales e iniciativas apostólicas.

En este marco, vienen a nuestro espíritu varios hechos significativos que marcan el camino en este 2026: la beatificación de Enrique Shaw, nuestro Patrono (Cf. Shaw de Critto, 2024), y también la de Fulton Sheen, el apóstol de la radio y la televisión (Cf. Fulton Sheen, 2015); las celebraciones por los 100 años del fallecimiento de Antonio Gaudí (Cf. Sáenz, 2002) y los 200 años del nacimiento del Beato Fray Mamerto Esquiú (cf. Caturelli, 1971); la evocación de los 40 años de la publicación de la encíclica *Augustinus Hipponensis*, por el Papa San Juan Pablo II en el XVI centenario de la Conversión de San Agustín; el primer aniversario de la muerte del Papa Francisco (cf. Francisco, 2025); la recepción y difusión de la obra del Santo Cardenal John Henry Newman, proclamado Doctor de la Iglesia y Co-Patrono de la Educación por el Papa León XIV (Cf. Homilía del Sábado 1 de noviembre de 2025) y la publicación de la primera encíclica de este último, programática de su pontificado, *Magnifica humanitas*. Con todo, las distintas efemérides que hemos mencionado y tantas otras que también podríamos evocar, sólo tienen sentido si nos mueven hacia Jesús. Para conocerlo mejor y para asemejarnos a Él, anunciándolo entre los hombres.

La Iglesia, nacida del costado de Cristo, se ha hecho portadora de una nueva esperanza sólida: Jesús de Nazaret, crucificado y resucitado, salvador del mundo, que está sentado a la derecha del Padre y es el juez de vivos y muertos. Este es el *Kerygma*, el anuncio central de la fe. (Benedicto XVI, Audiencia General del miércoles 17 de octubre de 2012. *Cursivas en el original*)

En las páginas que siguen queremos reflexionar, como lo hacemos siempre, a partir de la Palabra de Dios y, desde ella, y con la ayuda del magisterio y de los autores en comunión con él, entrar en diálogo con la realidad que nos circunda para entenderla e intentar impregnarla con el espíritu de Jesús. Nos introducimos en el Evangelio de la mano de Newman, que en uno de sus brillantes textos, expresa:

Cualquier página en la historia de nuestro Señor y Salvador es de una insondable profundidad, y proporciona consideraciones inagotables para la contemplación. Todo lo que al Señor se refiere es infinito, y lo que observamos en una primera mirada es sólo la superficie de algo que comienza y termina en la eternidad. Sería presuntuoso en alguien que no fuera un santo o un doctor de la Iglesia comentar las palabras y acciones de Jesús, salvo que lo hiciese a modo de meditación. Pero la meditación y la oración mental representan una necesidad tan notoria para todos los cristianos que deseen su fe y amor hacia Él, que nos será permitido, hermanos míos, bajo la guía de hombres santos que lo han hecho antes que nosotros, fijar la atención y extendernos en asunto más propio de adorar que de investigar. (Newman, 1981, p. 315)

Esclarecidos por las palabras de Newman, fijamos nuestra atención en un pasaje del Evangelio que nos servirá de meditación. Es aquel texto que nos muestra cómo Jesús, al final de su vida pública, luego de haber predicado sin descanso por las distintas ciudades de Israel, se dirige junto a sus discípulos hacia Jerusalén, que es *la Montaña de Sión, la Morada de Dios, la Ciudad del gran Rey* (Sal 48:3), para vivir allí su Pascua y consumir su Testimonio. *La Ciudad Santa* (Mt 4:5) se conmueve, como sucediera treinta años atrás cuando unos Sabios (los Reyes Magos), que venían desde lejanas tierras, ingresan a ella en caravana y se dirigen al Palacio de Herodes para preguntar: *¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer? Porque vimos su estrella en Oriente y hemos venido a adorarlo. Al enterarse, el rey Herodes quedó desconcertado y con él toda Jerusalén* (Mt 2:1-3).

Resulta paradójico que enterado el Pueblo de Israel de la Buena Noticia del Advenimiento del Cristo, al que esperaba hacía siglos para su redención, se susciten dos reacciones contradictorias en su seno. Por un lado, los doctores y autoridades religiosas actúan con indiferencia y desdén, y luego de informar dónde nacería el Ungido conforme a las Profecías, se desentienden del Anuncio de su Nacimiento, que inauguraba el inicio de los tiempos mesiánicos. Ocupados mezquinamente de sus propios intereses, no se mueven a buscarlo ni a encontrarse con Él. Por el contrario, serán unos humildes pastores los que invitados por otros

emisarios, en este caso ángeles, que les anuncian que *ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor*, irán prontamente a visitar y adorar al Niño en Belén, la ciudad del Rey David¹. Al ver a Jesús en el pesebre, junto a María y a José, *contaron lo que habían oído decir sobre Este niño y todos los que los escuchaban quedaron admirados de lo que decían los pastores*. Se transforman, de ese modo, en los primeros evangelizadores, es decir, Anunciadores de Cristo: luego de su Encuentro con Jesús, los pastores volvieron al campo, junto a sus rebaños, *alabando y glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído, conforme al Anuncio que habían recibido* (cf. Lc 2:11.17-18.20).

Tres décadas luego del Nacimiento del Mesías, cumpliendo las profecías que decían: *No temas, hija de Sión; ya viene tu Rey, montado sobre la cría de una asna* (Zac 9:9; cf. Isaías 62:11 y Jn 12:15), se produce el ingreso apoteótico y triunfal de Jesús a la que el Pueblo Elegido llamaba en su plegaria, *la Ciudad de nuestro Dios* (Sal 48:2) y el propio Cristo *la Ciudad del gran Rey* (Mt 5:35), que nuevamente se sobresalta: *Cuando entró en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, y preguntaban: ¿Quién es Éste?. Y la gente respondía: Es Jesús, el profeta de Nazaret en Galilea* (Mt 21:10-11). Mientras ésto sucedía, los discípulos Lo aclaman a viva voz con expresiones mesiánicas que recogen de las Escrituras, asumiéndolas y dándoles su sentido definitivo al identificar al Cristo, cuya identidad concreta era desconocida y sólo vislumbrada entre sombras a la espera de su Llegada, con la persona de Jesús: *¡Bendito sea el Rey que viene en nombre del Señor!* (Lc 19:38; cf. Sal 118:26) y también: *¡Bendito sea el Reino que ya viene, el Reino de nuestro padre David!* (Mc 11:10).

El Anuncio que Jesús, ese hombre que estaba allí frente a ellos, es el Cristo, el Mesías Rey, irrita y provoca la inmediata y airada reacción de *algunos fariseos, que se encontraban entre la multitud*, los que dirigiéndose hipócritamente a Jesús, lo llaman *Maestro* (cuando

¹ Señala Benedicto XVI: “Los Padres de la Iglesia dicen que el canto de los ángeles en Navidad habría nacido de su gozosa sorpresa ante el hecho de que aquel Dios que hasta entonces conocían en la gran sabiduría de las estructuras del cosmos, ese Dios Creador, había entrado en la historia, se había hecho una figura dentro de la historia. Esta gozosa sorpresa se realiza aquí de una manera muy concreta” (Benedicto XVI, 2025, pp. 111-112).

no lo admitían como tal), para reclamarle que silencie a los Apóstoles: *Reprende a tus discípulos*. Es decir, “ya que ellos te siguen y van a hacer lo que les digas, ordénalos que no te aclamen como Mesías porque no lo eres”; aunque, en realidad, con su doblez habitual pensaban, pero no lo decían: “nosotros, los dueños de la religión, no queremos que Tú seas nuestro rey”. Y reciben la serena pero contundente respuesta de labios de Cristo: *Les aseguro que si mis discípulos callan, gritarán las piedras* (Lc 19:39-40).

Antes de asentir a la proclamación mesiánica de los discípulos, Jesús dice a los fariseos y a toda la multitud allí presente que Lo escuchaba: *Les aseguro*, que es una expresión similar a otras que utiliza en diversas ocasiones, como *en verdad les digo*. Con ella está ratificando la validez de los dichos de los Apóstoles, pues es tan cierto lo que están diciendo sobre Él, que no es posible callarlos, porque al hacerlo están cumpliendo las profecías que Lo anunciaban, señalando el modo en que ingresaría a Jerusalén para consumar su misión real y usando la expresiones que Israel atesoraba en las Escrituras.

La frase del Señor, cargada de enseñanzas perennes como todas las suyas, puede ser contemplada teniendo en cuenta los cuatro personajes que intervienen en el suceso: está dirigida en primer lugar a los *fariseos*, pero también a sus *discípulos*, allí presentes y, en ellos y con ellos, a todos los que a lo largo de la historia profesan serlo, repercutiendo, al fin, sobre toda la Creación, simbolizada en las *piedras*. Pero el eje central de todo el pasaje es la proclamación que Jesús es el *Rey Bendito que viene en nombre del Señor*, el Mesías esperado con expectación sobrenatural durante siglos. Verdad que no puede ser ocultada y ha de constituir el *Kerygma*, esto es, el primer Anuncio, el núcleo fundamental del Evangelio, a partir del cual ha de desplegarse todo el conjunto de verdades contenidas como germen en él, y las consecuentes acciones pastorales y apostólicas que también brotarán de él, como enseña Jesús: *El Reino de los Cielos se parece a un grano de mostaza que un hombre sembró en su campo. En realidad, ésta es la más pequeña de las semillas, pero cuando crece es la más grande de las hortalizas y se convierte en un arbusto, de tal manera que los pájaros del cielo van a cobijarse en sus ramas* (Mt 13:31-32).

Los fariseos

Dios dice al malvado: ¿Cómo te atreves a pregonar mis mandamientos y a mencionar mi alianza con tu boca, tú que aborreces toda enseñanza y te despreocupas de mis palabras?
(Sal 50:16-17)

El pasaje que meditamos, es uno de los tantos en que Jesús confronta duramente con los fariseos, como lo había hecho ya el último de los Profetas del Antiguo Testamento, Juan, el que bautizaba (cf. Mt 3:7-9):

El Bautista es la rectitud moral y la humildad llevadas al heroísmo; él predica la ley natural así como su Bautizado número uno promulgará más tarde la ley divina; los dos luchan contra la pseudo Ley anquilosada y corrompida de los fariseos (...) Juan denunció a los fariseos como los peores corruptores de la religiosidad; denuncia que había de retomar más tarde Jesucristo en pleno y en gran estilo. (Castellani, *El Evangelio de Jesucristo*, pp. 333 y 341)

El enfrentamiento con el fariseísmo, presente ya en el Precursor, llega a su cenit con Jesús. Pero no se limita a los tiempos de Cristo, sino que continúa en la historia, en la que el fariseísmo sigue vivo y combatiendo al Evangelio. Lo hace asumiendo diversos rostros, como el que denuncia Esquiú, que se refiere al fariseo bajo la forma del murmurador, el intrigante, el calumniador, llamándolo “el Hablador”. Dice el Beato, mostrando la pervivencia del fariseísmo en su época:

No hay persona más propia que el Hablador, para darnos una idea completa de lo que eran los Fariseos en el principio de nuestra era. Aquel representa y dibuja a éstos en su interior con más perfección que un espejo el exterior de una figura que tiene por delante. Si uno ayuna, si hace penitencia, si cubre sus lomos con pieles, lo llamará hipócrita aunque sea el mismo San Juan Bautista. Si es dulce, amable, franco, si asiste a las mesas y convites de los pe-

cadore para ganar primero sus simpatías y después sus almas, al mismo Jesucristo lo llamará borracho. (Esquiú, 2022, p. 119)

Y luego pasa a describir su interior:

El Hablador tiene la piel de oveja, pero es de lobo su corazón. Ostenta ser religioso, y es un ser impío, un ateo que ni en Dios ni en el diablo cree. Las palabras de virtud y santidad no se le caen de los labios; pero es un ser corrompido e inmoral. ¿Queréis saber cuál es el Hablador? No hay regla sin excepción; pero ese individuo, que al entrar en una casa dice *Deo gratias*; que cuando nombra al demonio añade: *que Dios nos libre de él*; que habla siempre de victorias en las tentaciones; que nunca mira en la cara a las mujeres...; que carga un famoso Rosario; que se hinca delante del santo más grande cuando está en la iglesia; que besa la tierra, se da golpes en el pecho; que suspira de un modo que todos le oigan; ese es hipócrita, ese es Hablador, porque son cualidades inseparables, y como indivisas. (Esquiú, 2022, p. 120. Cursivas en el original)

La lucha de Jesús contra el fariseísmo debe ser adecuadamente entendida. Porque el fariseísmo no es meramente un grupo religioso más de la época de Cristo, al modo de los saduceos, los zelotes o los escribas y que, como éstos, ya no existiría en la actualidad. En realidad, es un mal espíritu que en aquellos tiempos estaba corporizado en ese núcleo humano pseudo-religioso de gran influencia en Israel. Por ello, su presencia en el ingreso mesiánico de Jesús a Jerusalén, no fue un hecho casual ni azaroso. Los fariseos estaban allí como estuvieron toda la vida de Jesús, pero no para escucharlo, acompañarlo y seguirlo, sino para enfrentarlo, cuestionarlo y obstaculizar su misión. Más aún, su indignación ante la aclamación con que los discípulos y la multitud celebraba la epifanía mesiánica de Cristo, era previsible y no podía estar ausente en un momento fundamental de la vida del Señor, en que cumpliéndose los oráculos proféticos, era reconocido en la Ciudad Santa, como el *Rey Bendito que viene en nombre del Señor*. Mostraban, una vez más, ser los enemigos de Jesús y su rechazo a los designios del Padre: *Ustedes son de aquí abajo, Yo Soy de lo*

alto. Ustedes son de este mundo, Yo no soy de este mundo. Por eso les he dicho: Ustedes morirán en sus pecados. Porque si no creen que Yo Soy, morirán en sus pecados (Jn 8:23-24).

Con la expresión “fariseo” (que es quien está contaminado por el virus del fariseísmo), ha sucedido lo que con otras palabras antiguas, como “sofista”, que originariamente hacía referencia a unos pensadores griegos, en razón del origen del vocablo *sophós*: sabio (que era como ellos mismos se autopercebían, sin serlo), pero que con el paso del tiempo se asimila a quien voluntariamente distorsiona el lenguaje argumentando torcidamente con una apariencia de objetividad, cuando en realidad quiere engañar al interlocutor (cf. Genta, 1949 y Fraile-Urdanoz, 1982, pp. 224-237). O con la expresión “cínico”, con la cual, también en Grecia, se denominaba a un grupo de pensadores que profesaban el cinismo, palabra que “ha quedado en el lenguaje común para designar precisamente cierta desfachatez o descaro” (cf. Abbagnano, 1996, p. 170; Fraile-Urdanoz, 1982, pp. 269-274). Análogamente, hoy “fariseo” es una expresión para denotar al hipócrita, al falso, al mentiroso. Y esa caracterización actual deriva del sentido que Cristo le impuso y que, a partir de Él, se ha difundido en diversos ámbitos hasta llegar a nosotros². En efecto, el significado profundo de la expresión “fariseo” y, en consecuencia de “fariseísmo”, es religioso, pues toca la relación más importante del hombre, la relación con Dios, a la que adultera y falsifica. El fariseísmo, la soberbia religiosa, es un mal espíritu que pervive en la historia: *Jesús les hacía esta recomendación: Estén atentos, cuidense de la levadura de los fariseos (Mc 8:15)*, es decir de su hipocresía, que puede contaminar incluso las mejores y más sinceras iniciativas si no estamos atentos a no dejar que las intoxique.

² En el plano de la ética, ha sido Max Scheler quien usa la expresión “fariseísmo” para describir una mentalidad formalista, rígida, fría, que impone el cumplimiento de reglas de conducta duras, ásperas, incluso inhumanas (cf. Scheler, 2025 y Wojtyła, K., 1982). También la literatura ha dado su testimonio respecto del fariseísmo, por ejemplo a través del Premio Nobel de Literatura de 1952, François Mauriac (cf. su obra *La Farisea*, 1965 y Rodríguez Quesada, A. F., 2020, pp. 148-188).

En lo que consideramos una de sus grandes intuiciones teológicas, Castellani dedica numerosas páginas a reflexionar sobre el “fenómeno farisaico” (cf. Castro de Dios, J. A., 2020)³. Son sus palabras:

La vida de Cristo no fue un idilio ni una elegía sino un drama: no hay drama sin antagonista. El antagonista de Cristo, en apariencia vencedor, fue el fariseísmo (...) Es la soberbia religiosa; es la corrupción más sutil y peligrosa de la verdad más grande: la verdad de que los valores religiosos son los primeros. Pero en el momento en que nos los adjudicamos, los perdemos; en el momento en que hacemos nuestro lo que es de Dios, deja de ser de nadie, si es que no deviene propiedad del diablo. (Castellani, 2020, pp. 43 y 44)

Quien profesa esa impostura es “el fariseo”, o sea,

El hombre de la práctica y de la voluntad, es decir el gran casuista y el gran observante. El fariseo verdadero no lleva antifaz; es todo él un antifaz. Su natura se ha vuelto máscara, miente con toda naturalidad pues ha comenzado por mentirse a sí mismo. Lo que él simula, que es la santidad, y lo que él es, el egoísmo, se han amalgamado, se han fundido y se han hecho un espantoso veneno que de suyo no tiene antídoto alguno. (Castellani, 2020, pp. 44-45)

En una notable coincidencia con Castellani (que sin dudas brota de una idéntica disposición contemplativa frente al misterio de Cristo), Benedicto XVI se refiere al fariseísmo al comentar el Evangelio que relata el pasaje de la Mujer Adúltera. Cuando Jesús escribe en la tierra luego de decirles a los acusadores que el que esté libre de pecado le arroje la primera piedra, Benedicto XVI expresa que los escribas y fariseos

³ Castellani lo aborda desde diversas perspectivas, tales como la literaria (cf. 1978, pp. 271-280), la política (cf. 1984, pp. 154-163), la psicológica (cf. *Lecciones de Psicología Humana*, p. 385, en la que remite a los lugares del texto que se refieren al fariseo o al fariseísmo), o la teológica (2019, pp. 245-252 y 379-386).

Ante los ojos de Cristo, comprenden que Él conoce su corazón, que Él sabe lo que hay en su interior, y así cae la máscara de su falso moralismo. Ante la presencia silenciosa, ante la mirada de Jesús, esa máscara bajo la que vivían ya no es verdadera, cae; comprenden que su moralismo es en realidad hipocresía. (Benedicto XVI, 2025, p. 141. Cursivas en el original)

E insiste, describiendo la falsedad de los fariseos y la continuidad de su espíritu en el devenir histórico hasta nuestros días:

Ese moralismo es querer ser jueces de los demás; ellos quieren demostrar que Jesús no es el verdadero profeta, quieren que Jesús cometa un error: o hacer lapidar a la mujer y es cruel, o es misericordioso y va contra la Ley. *Ese moralismo no busca la moral*, porque en realidad no se preocupa por el bien, no se indigna ante el mal, sino que es una forma de juzgar a los demás, una manera de estar contentos con el mal del mundo, para poder hablar de él y denigrar a los demás. Conocemos estos moralismos también en nuestro tiempo, cuando se esconden bajo la máscara moral de la lucha por la verdad, por la transparencia, pero en el fondo quieren destruir y se regocijan con el mal, porque ellos mismos viven en el mal. *Jesús ha destruido esa máscara*. Sólo si esa máscara de la hipocresía cae, la vida nueva puede triunfar, hay conversión. En este sentido, el Señor también dice a la mujer: *Vete y no peques más* -Jn 8:11-. También ella debe comenzar un camino nuevo. (Benedicto XVI, 2025, pp. 141-142. Cursivas en el original)

La figura farisaica, sus expresiones, sus gestos, sus actitudes, se encuentra retratada en las Escrituras. Lucas describe a los fariseos como *algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás* (Lc 18:1). Por ello, Newman expresa: “Así sucedía con el fariseo en los tiempos del Evangelio. Se miraba a sí mismo con gran complacencia... Él agradecía a Dios ser fariseo y no un penitente” (2020, pp. 55-56). Y sigue, señalando la subsistencia de ese tipo humano más allá de la época de Cristo, en la suya propia:

Tales personas caminan guiadas por su propia luz, no por la Verdadera Luz de los hombres, porque el yo es su maestro supremo, y porque dan vueltas en el pequeño círculo de sus propios pensamientos y juicios, indiferentes a conocer lo que Dios les dice, y sin temor a ser condenados por Él, sólo aprobados a sus ojos. Y entonces reciben la fuerza de esas terribles palabras, dichas no a un gobernante judío ni a un filósofo pagano, sino a una comunidad cristiana caída, a los cristianos farisaicos de Laodicea: *‘Dices que eres rico, que tienes abundancia y no te falta nada; y no te das cuenta de que eres desgraciado, miserable y pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres oro refinado para enriquecerte, vestidos blancos para cubrirte, y no enseñar desnudas tus vergüenzas, y medicina para ungirte los ojos y poder ver. A los que amo, los reprendo y corrijo. Sé fervoroso y arrepíentete’* —Ap 3:17-19—. (Newman, 2020, p. 59. Cursivas nuestras)

Veamos algunos pasajes evangélicos que describen la fisonomía farisaica.

En una ocasión (cf. Lc 16:9-15), mientras predicaba y enseñaba que nadie puede servir a dos señores, Jesús dijo: *No se puede servir a Dios y al Dinero. Los fariseos*, allí presentes, *escuchaban todo esto*. Y lo entendían, no podían decir que no sabían, que nadie se los había dicho. Pero por su soberbia (desorden moral que los había hecho *amigos del dinero*), la Palabra no les hace mella y no puede entrar a sus corazones y, entonces, *se burlaban de Jesús*. Jesús lo sabe y, re tengamos su delicada descripción de la actitud farisaica, les recrimina que sean simuladores y falsarios pues *aparentan ser rectos ante los hombres*, sin que lo sean. Y les aconseja que no sean ilusos, ni se engañen a sí mismos, ya que a Dios (o sea a Él mismo) no pueden engañarlo, porque *conoce sus corazones*, es decir, su interioridad, sus verdaderas convicciones retorcidas, advirtiéndoles que esa actitud es *despreciable para Dios*.

En otro lugar, Jesús encuentra en una sinagoga a un hombre que tenía la mano seca: *los fariseos observaban atentamente a Jesús para ver si lo curaba en sábado, con el fin de acusarlo*. Jesús llama al

hombre y les pregunta a los fariseos: *¿Está permitido en sábado hacer el bien o el mal, salvar una vida o perderla? Pero ellos callaron.* El Evangelio continúa diciendo que Jesús, ante el silencio farisaico, *dirigió sobre ellos una mirada llena de indignación y apenado por la dureza de su corazón, curó al enfermo. Entonces, los fariseos salieron y se confabularon con los herodianos para buscar la forma de acabar con Él* (cf. Marcos 3:1-6). Jesús lo sabe y se los dice: *Tratan de matarme porque mi Palabra no penetra en ustedes* (Jn 8:37), e insiste: *quieren matarme a Mí, al Hombre que les dice la verdad que ha oído de Dios* (Jn 8:40).

Estos y otros numerosos pasajes, permiten comprender la dureza del lenguaje de Jesús cuando se dirige a la secta farisaica y las tremendas palabras que les echa en cara en el célebre texto de Mateo (23:13-39), conocido como el “Elenco contra los Fariseos”, que concluye profetizando su conversión sólo cuando reconozcan la verdad que los Discípulos habían proclamado en la entrada mesiánica a Jerusalén, haciéndose eco de la plegaria de los Salmos: *Les aseguro que ya no me verán más, hasta que digan: ¡Bendito sea el Rey que viene en nombre del Señor!* (Mt 23:39). Las exclamaciones de los Apóstoles no podían ser calladas entonces, el Domingo de Ramos, ni tampoco a lo largo de la historia, y serán una señal, al fin de los tiempos, dice Cristo, de la conversión de Israel. Ésto sucederá cuando quienes, atrapados por el espíritu farisaico, puedan desprenderse de él y reconozcan en Jesús al Enviado de Dios, al Mesías Rey: *Si el Hijo los libera, ustedes serán realmente libres* (Jn 8:36).

Con todo, aun siéndolo de un modo gravísimo, el fariseísmo, como “todo error está fundado en una verdad u otra, y de ella vive” (Newman, 2019, p. 244)⁴. La parte de verdad de los fariseos, con-

⁴ Ejemplificando histórica y doctrinalmente su afirmación con los sucesos de la Reforma Luterana, Newman continúa: “el protestantismo, tan difundido y tan tenaz, debe tener en sí mismo y proclamar alguna verdad grande o muchas verdades” (*idem*). Igualmente lo sostiene Castellani: “el Protestantismo se llevó cautivas una cantidad de nociones -o digamos más bien de *esencias*- cristianas, que el Catolicismo necesitaba y que el Catolicismo abandonó y aun combatió, viéndolas convertidas en ‘herejías’: como por ejemplo, la lectura y el estudio de la BIBLIA, tan intenso en los Santos Padres” (Castellani, 2004, p. 264. Mayúsculas y cursivas en el original).

fundida por su amor propio desordenado que los enceguece, es el *celo por Dios, pero un celo mal entendido. Porque desconociendo la justicia de Dios y tratando de afirmar la suya propia, rehusaron someterse a la justicia de Dios, ya que el término de la Ley es Cristo, para justificación de todo el que cree* (Rm 10:1-4). Ese deseo de conocer y vivir la verdad, de servir a Dios, es el que llevó a muchos fariseos, cuando pudieron despojarse de su fariseísmo, a convertirse y reconocer a Cristo, como José de Arimatea o Nicodemo, o el más grande de todos, el fariseo Saulo, que se transforma, luego de su Encuentro con Jesús, en el Apóstol Pablo: *Si alguien cree que puede confiar en la carne, yo puedo hacerlo con mayor razón: circuncidado al octavo día; de la raza de Israel y de la tribu de Benjamín; hebreo, hijo de hebreos; en cuanto a la Ley, un fariseo; por el ardor de mi celo, perseguidor de la Iglesia; y en lo que se refiere a la justicia que procede de la Ley, de una conducta irreprochable. Pero todo lo que hasta ahora consideraba una ganancia, lo tengo por pérdida, a causa de Cristo. Más aún, todo me parece una desventaja comparado con el inapreciable conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por Él he sacrificado todas las cosas, a las que considero como desperdicio, con tal de ganar a Cristo* (Fp 3:4-8).

En los casos en que se producen las conversiones de los que están apresados por el fariseísmo, no se trata de actos voluntaristas de su parte, sino de la acción del Espíritu de Dios, que es Quien “introduce en la religión la verdadera devoción, el verdadero culto, y cambia a los fariseos autosatisfechos en publicanos autoabatidos de corazón desgarrado... Estamos contentos con nosotros mismos hasta que le contemplamos a Él” (Newman, 2020, p. 60). En efecto, como expresa Benedicto XVI:

El acto fundamental de un cristiano es el encuentro con Jesús y, en Jesús, con la Palabra de Dios que es una Persona. Al encontrarnos con Jesús, nos encontramos con la verdad, con el amor de Dios, y así la relación de amistad se convierte en amor, crece nuestra comunión con Dios, somos realmente creyentes y nos convertimos en santos. (Benedicto XVI, 2025, p. 47)

Los discípulos

*Que Dios nos allane el camino
para anunciar el misterio de Cristo
... y para que yo sepa pregonarlo
en la debida forma (Col 4:3-4)*

En el pasaje que meditamos, además de los *fariseos*, tienen un lugar relevante los *discípulos*, no sólo porque acompañan a Jesús en su entrada triunfal a Jerusalén, sino porque lo hacen activamente en el marco de un clima festivo, aclamándolo como *el Rey Bendito que viene en nombre del Señor*. Así debe ser Anunciado Cristo, como Rey, con alegría en los rostros y con palabras proclamadas sin miedo y en alta voz, como reflejo de la Fe, la Esperanza y la Caridad que anidan en el corazón del creyente. Si bien se mira, son los discípulos los verdaderos destinatarios de las palabras de Jesús.

Cristo, al hablar de *mis discípulos*, corrobora que no es una equivocación de los fariseos hablar de ellos en esos términos. Efectivamente, existen personas que ven en Él al Mesías. Son los que dicen seguirlo, los que quieren acompañarlo y vivir sus enseñanzas. Ayer, y también hoy. Porque este pasaje del Evangelio, como todos, puede y debe ser aplicado a nuestro tiempo, fecundándolo. El Señor también nos llama a nosotros, aquí y ahora, cristianos del Siglo XXI, *mis discípulos*, y también nos exige que proclamemos con fervor y públicamente en las ciudades, que Él es el Mesías y anunciemos en nuestro tiempo: *¡Bendito sea el Rey que viene en nombre del Señor!*

Si bien contesta a los fariseos, las palabras de Jesús implican mucho más que una simple respuesta: primero, que Él sí es el Mesías, les guste o no, lo acepten o no, los fariseos. Y, además, que no va a callar a sus discípulos porque no están diciendo nada que no sea cierto, sino todo lo contrario, por cuanto la Profecía del Antiguo Testamento está cumpliéndose en esos momentos con su epifanía mesiánica. Efectivamente, Él es el *Rey bendito que viene en el nombre del Señor*. Y es tan cierto esto, que por ese motivo quienes Lo siguen, sus discípulos, si quieren seguir siéndolo, deben proclamarlo a los cuatro vientos. Deben hacerlo. No pueden dejar de hacerlo. Es una condición inherente

a todo seguidor de Jesús, el Anunciarlo como Cristo. Y si ellos no lo hacen, por la fuerza misma de Su poder, Dios puede transformar a cualquier criatura en hijo de Abraham, es decir, un seguidor y proclamador de Cristo: *Al ver que muchos fariseos y saduceos se acercaban a recibir su bautismo, Juan les dijo: ‘Raza de víboras, ¿quién les enseñó a escapar de la ira de Dios que se acerca? Produzcan el fruto de una sincera conversión, y no se contenten con decir: ‘Tenemos por padre a Abraham’. Porque Yo les digo que de estas piedras Dios puede hacer surgir hijos de Abraham (Mt 3:7-9).* Estas palabras de Juan, el Bautista, se entienden mejor a la luz de otras que pronuncia Jesús, discutiendo con los fariseos, en las que Cristo se proclama como Dios y, por tanto, investido del poder de convertir a cualquier criatura en discípulo suyo: *Abraham, el padre de ustedes, se estremeció de gozo, esperando ver mi Día: lo vio y se llenó de alegría. Los judíos le dijeron: ‘Todavía no tienes cincuenta años ¿y has visto a Abraham?’.* Jesús respondió: *‘Les aseguro que desde antes que naciera Abraham, Yo Soy’ (Jn 8:56-58).*

Junto a sus discípulos, otras gentes venidas de varios lugares para la celebración, se contagian de la alegría que transmiten los apóstoles y también aclaman a Jesús: es un ejemplo del efecto del testimonio cuando éste es alegre, seguro y fundado en la Palabra. Es la consecuencia de la evangelización que difunde a Cristo por atracción no por proselitismo (Cf. Benedicto XVI, Homilía del domingo 13 de Mayo de 2007, en la Misa de Inauguración de la V Conferencia General del Episcopado y del Caribe, en Aparecida, Brasil).

Si verdaderamente queremos que Cristo nos considere *mis discípulos*, es necesario estar atentos a no dejarnos invadir por el espíritu farisaico:

Debemos tener presente que también para nosotros, cristianos, existe la misma tentación, el mismo peligro que existía en el Antiguo Testamento: también un cristiano puede llegar a una actitud en que la religión cristiana se considere como un paquete de normas, de prohibiciones y de normas positivas, de prescripciones. Se puede llegar a la idea de que se trata solo de ejecutar prescripciones impersonales y así perfeccionarse; pero haciendo esto, se

vacía el fondo personal de la Palabra de Dios y se llega a una cierta amargura y dureza del corazón. (Benedicto XVI, 2025, p. 50)

El hombre que deja atrás el fariseísmo y se abre al Encuentro con Jesús, es el hombre pleno, que no sólo vive personalmente con alegría su adhesión a la Fe, sino que también la irradia entre sus coetáneos, en los diversos ámbitos en los que se inserta su vida. Es aquel que ha recibido y se ha dejado vivificar por la Semilla arrojada al mundo por el Sembrador que había salido a sembrar-Se. Ese

Es el hombre cuya vida predica el Evangelio sin muchas palabras; que cuando habla del sufrimiento, sabe lo que es sufrir; cuando habla de la renuncia, sabe lo que es renunciar; cuando habla del martirio, sabe lo que es el martirio; y cuando habla del Amor de Dios, dichoso él, sabe lo que es el Amor. (Castellani, *El Evangelio de Jesucristo*, p. 123)

Las piedras

Pero además de *los discípulos*, al final del pasaje que meditamos, Jesús alude a *las piedras*. Esta expresión es muy usual en las Escrituras, como símbolo de fortaleza, de cimientos sólidos, como aquel hombre al que se refiere Jesús, que *edificó su casa sobre roca* (Mt 7: 24).

Las piedras forman parte de la Creación, y como criaturas que son, salidas de la mano del Creador para cumplir una misión en el Diseño Divino, pueden honrar a Dios siendo usadas para su mayor gloria, como sucede con la construcción de edificios para el culto como los templos y catedrales, como lo hiciera Antoni Gaudí (cf. Tarragona i Clarasó, 2016): *Toda la creación espera ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios. Ella quedó sujeta a la vanidad, no voluntariamente, sino por causa de quien la sometió, pero conservando una esperanza. Porque también la creación será liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios* (Rm 8:19-21).

El hombre, varón y mujer, es la criatura a la que Dios le encomienda *guardar y cultivar* la Creación. El magisterio llama a esto “eco-

logía integral” (cf. en el magisterio: Francisco, *Laudato si* y *Laudate Deum*. Entre los autores: cf. Declercq, C., 2023, pp. 97-122 y von Büren, R., 2024, pp. 35-70). Y ello significa no sólo protegerlas de su destrucción, sino también colaborar para que todas las criaturas puedan desplegar integralmente sus potencialidades entitativas, alcanzando su plenitud (cf Shaw, 2022).

También la expresión “piedra” está asociada al misterio de la Iglesia. Y así, cuando Jesús designa a Simón, hijo de Juan, como Jefe de su Comunidad, expresa: *Yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (Mt 16:18). San Pablo, por su parte, hablando de nuestro cuerpo como templo, enseña: *Eviten la fornicación. Cualquier otro pecado cometido por el hombre es exterior a su cuerpo, pero el que fornicación peca contra su propio cuerpo. ¿O no saben que sus cuerpos son templo del Espíritu Santo, que habita en ustedes y que han recibido de Dios? Por lo tanto, ustedes no se pertenecen, sino que han sido comprados, ¡y a qué precio! Glorifiquen entonces a Dios en sus cuerpos* (1 Cor 6:18-20). Y uniendo bajo una figura arquitectónica a todos los cristianos junto a Cristo, expresa: *Ustedes están edificados sobre los Apóstoles y los Profetas, que son los cimientos, mientras que la piedra angular es el mismo Jesucristo. En él, todo el edificio, bien trabado, va creciendo para constituir un templo santo en el Señor. En Él, también ustedes son incorporados al edificio, para llegar a ser una morada de Dios en el Espíritu* (Ef 2:20-22).

Pero más allá de otras metáforas o analogías, en realidad, Jesús es la piedra que sostiene todo y la que puede transformar al hombre, a cualquier hombre, en cristiano, como enseña Pedro:

Al acercarse a Él, la piedra viva, rechazada por los hombres pero elegida y preciosa a los ojos de Dios, también ustedes, a manera de piedras vivas, son edificados como una casa espiritual, para ejercer un sacerdocio santo y ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por Jesucristo. Porque dice la Escritura: ‘Yo pongo en Sión una piedra angular, elegida y preciosa: el que deposita su confianza en ella, no será confundido’. Por lo tanto, a ustedes, los que creen, les corresponde el honor. En cambio, para los incrédulos, la piedra que los constructores rechazaron ha lle-

gado a ser la piedra angular: piedra de tropiezo y roca de escándalo. Ellos tropiezan porque no creen en la Palabra: esa es la suerte que les está reservada (1 Pe 2:4-8)

Si los discípulos de Jesús callan y dejar de proclamar el *Kerygma*, el Señor, con su poder de transformar las cosas, hará que la Creación a través de su armonía y belleza sea la que dé testimonio de Él.

Cimentados en Cristo la piedra viva experimentamos la acción poderosa y misteriosa del Espíritu Santo y creemos que todo esfuerzo humano auténtico por cooperar con Él en pro del bien, será bendecido por el Padre celestial en quien ponemos nuestra esperanza. (León XIV, *Magnifica humanitas*, n. 2)

Jesús, el Rey Bendito que viene en el nombre del Señor

Más allá de los *fariseos*, de los *discípulos* y de las *piedras*, el personaje central del pasaje que meditamos es Jesús, el Cristo, el *Rey Bendito que viene en el nombre del Señor*. Es Él, y no otro, el Enviado por el Padre para redimir al hombre: *Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta mi predilección: escúchenlo* (Mt 17:5). Debemos escuchar a Jesús, al que reconocemos como el Rey Mesías que viene en nombre de Dios, como sucedía hace 2000 años y debe ser igualmente hoy: *Todo el pueblo Lo escuchaba y estaba pendiente de Sus Palabras* (Lc 19:48). Enseña el magisterio:

El primer imperativo de nuestra vida humana es *escuchar a Cristo*. Debemos siempre de nuevo escuchar su Palabra, escucharla con humilde obediencia, escucharla con la disposición de la mente y del corazón. *Escuchar (...)* Al escuchar a Jesús, no escuchamos a una sola persona, sino a toda la historia de la verdad, y escuchamos al mismo Dios. (Benedicto XVI, 2025, pp. 81 y 82. Cursivas en el original)

La expresión *Bendito el Rey que viene en nombre del Señor*, con la que los discípulos y la multitud se refieren a Jesús, reconociéndolo

como el Mesías, forma parte del primer Anuncio de Cristo, del *Kerygma*. Que tiene una dimensión individual y otra comunitaria, desde las cuales se edifican los fundamentos de la Doctrina Social de la Iglesia (nos hemos referido al *Kerygma* en las Editoriales de *Filópolis en Cristo* n. 1, 2023, pp. 1-12 y n. 2, 2024, pp. 1-22, a las que remitimos y que aquí retomamos y continuamos).

El *Kerygma* evangélico y su dimensión social

*Crea en mí, Dios mío, un corazón puro
y renueva en mi interior un espíritu firme.
Señor, abre mis labios y mi boca
proclamará tu alabanza (Sal 51:12.17)*

El Anuncio del *Kerygma*, la proclamación en privado y en público, que Jesús es el *Rey Bendito que viene en nombre del Señor*, tiene por finalidad que Cristo sea conocido, acogido y seguido por los hombres, las familias, las sociedades y los Estados. Enseña San Juan Pablo II:

El modo de actuar de Jesús y sus palabras, sus acciones y sus preceptos constituyen la regla moral de la vida cristiana. (En efecto), *seguir a Cristo es el fundamento esencial y original de la moral cristiana...* No se trata aquí solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un gran mandamiento, sino de algo mucho más radical: *adherirse a la persona misma de Jesús (...)* *Seguir a Cristo* no es una imitación exterior, porque afecta al hombre en su interioridad más profunda. Ser discípulo de Jesús significa *hacerse conforme a Él*. (San Juan Pablo II, *Veritatis Splendor*, nn. 20-21. Cursivas en el original. Paréntesis nuestros)

La profundización, en clave cristológica, de las enseñanzas eclesiales sobre los asuntos sociales (que se inspiran, sostienen y proyectan desde el Señor, su fuente nutricia principal), nos hará capaces de *encontrar palabras adecuadas para anunciar resueltamente el*

misterio del Evangelio (Ef 6:19), y dar un genuino y eficaz testimonio personal en todos los ámbitos de las realidades temporales, como nos exige nuestra condición de cristianos.

Para entender, exponer y vivir adecuadamente las verdades, los principios y los valores que conforman la rica sabiduría social católica, debemos partir del inicio, del centro focal de la existencia y del impulso apostólico y, desde él, desplegar todas las virtualidades allí contenidas: “La misión de la Iglesia es el anuncio del *Kerygma* de la salvación obtenida para todos por Cristo crucificado y resucitado” (Comisión Teológica Internacional, *Dignidad y derechos de la persona humana*, n. 1). El *Kerygma* evangélico tiene como núcleo esencial que Jesús, el Cristo, Hijo de Dios e hijo del hombre, que fue crucificado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación, es el Mesías. Él es el *Rey Bendito que viene en el nombre del Señor*, que reina sobre todo el hombre (su inteligencia, su voluntad y sus afectos, su vida privada y su vida pública) y sobre todos los hombres (en cualquier lugar y condición), pero también “sobre toda la creación y, en particular, sobre las sociedades humanas” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2105).

Los cristianos hemos sido enviados *a predicar al pueblo y a atestiguar que Cristo fue constituido por Dios, Juez de vivos y muertos. Todos los Profetas dan testimonio de Él* (Hch 10:42-43). Las multiformes manifestaciones de la vida de la Iglesia y su misionareidad, actualizadas a su modo por cada uno de sus miembros (sacerdotes, religiosos y laicos), se enraízan en esta verdad liminar y, desde ella, se construyen, consolidan y alimentan continuamente y sin cesar.

El *Kerygma* no sólo es una etapa, sino el hilo conductor de un proceso que culmina en la madurez del discípulo de Jesucristo. Sin el *Kerygma*, los demás aspectos de este proceso están condenados a la esterilidad, sin corazones verdaderamente convertidos al Señor. Sólo desde el *Kerygma* se da la posibilidad de una iniciación cristiana verdadera. Por eso la Iglesia ha de tenerlo presente en todas sus acciones. (V Conferencia Episcopal Latinoamericana y del Caribe, *Documento de Aparecida*, n. 278)

El Evangelio no es una abstracción sino una Persona, Jesús, Cristo Rey, y su enseñanza, que refracta sobre lo temporal

Vivirán y reinarán por medio de un solo hombre, Jesucristo, aquellos que han recibido abundantemente la gracia y el don de la justicia (Rm 5:17)

En uno de sus más importantes y actuales documentos sobre la perenne validez del mandato evangelizador, enseña San Juan Pablo II:

Marcos presenta la misión como proclamación o *Kerygma*: ‘Proclamen la Buena Nueva’ —Mc 16:15—. Objetivo del evangelista es guiar a sus lectores a repetir la confesión de Pedro: ‘Tú eres el Cristo’ —Mc 8:29— y proclamar, como el Centurión romano delante de Jesús muerto en la cruz: ‘Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios’ —Mc 15:39—. (*Redemptoris Missio*, n. 23)

La esencia del cristianismo es Cristo: “Cuando *seguimos* a Aristóteles, seguimos el *sistema* de Aristóteles: pero cuando seguimos a Cristo, seguimos a la *persona* de Cristo” (Castellani, 2019, p. 425. Cursivas en el original). Claro que nuestra religión cuenta con sus dogmas, su moral y su culto. Pero todos ellos se desprenden del Señor, en Quien adquieren su verdadero sentido: “Cuando rezamos, no rezamos a un agregado de nociones, ni a un credo, sino a un Ser concreto. Y cuando hablamos de Él, hablamos de una Persona, no de una ley o de un enunciado” (Newman, 1991, p. 38). Sólo cuando permitimos que Jesús entre en nuestras vidas, estamos en condiciones de estimar en su justo valor, no sólo nuestra existencia personal, sino también los vínculos solidarios con los demás e, incluso, con el resto de las otras criaturas (minerales, vegetales, animales y ángeles), salidas todas de la mano providente de nuestro Padre, Dios: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, n. 1). Como expresa Hahn:

Cuando uno comparte el Evangelio, se centra en el mensaje cristiano básico, en la esencia de la Buena Nueva: quién es Cristo, lo que nos ofrece y por qué necesitamos aquello que nos ofrece. Eso es el *Kerygma*, el mensaje cristiano esencial. (Hahn, 2016, p. 50. Cursivas en el original)

Situar en la firme y convencida adhesión a Cristo el fundamento del cristianismo, permite luego, sí, elaborar una precisa y rigurosa doctrina, que ordena orgánica y sistemáticamente la predicación y los ejemplos del Señor y los desarrollos sapienciales y prudenciales que, inspirados por el Espíritu Santo, ha efectuado la Iglesia a lo largo de la historia: “El mismo cristianismo, manteniéndose fiel a su identidad y al tesoro de verdad que recibió de Jesucristo, siempre se repiensa y se reexpresa en el diálogo con la nuevas situaciones históricas, dejando brotar así su eterna novedad” (Francisco, *Laudato Si*, n. 121). En ese sentido, el impulso misionero de Pablo, en los orígenes de la Iglesia es siempre ejemplar: “Hay que admirar el método de enseñanza del apóstol y su capacidad de enraizar el *kerigma* evangélico en la cultura de cada ambiente” (Wojtyła, K., 2020, pp. 41-42. Cursivas en el original). Explayándose sobre el modo propio del Apóstol de los Gentiles para hacer efectivo el Anuncio, expresa Benedicto XVI:

San Pablo atribuye mucha importancia a la formulación literal de la tradición; al término del pasaje que estamos examinando subraya: ‘Tanto ellos como yo, esto es lo que predicamos’ (1 Col 15:11), poniendo así de manifiesto la unidad del *Kerygma*, del anuncio para todos los creyentes y para todos los que anunciarán la resurrección de Cristo. La *Tradición* a la que se une es la fuente a la que se debe acudir. La originalidad de su cristología no va nunca en detrimento de la fidelidad a la tradición. El *Kerygma* de los Apóstoles preside siempre la re-elaboración personal de San Pablo; cada una de sus argumentaciones parte de la tradición común, en la que se expresa la fe compartida por todas las Iglesias, que son una sola Iglesia. Así San Pablo ofrece un modelo para todos los tiempos sobre cómo hacer teología y cómo predicar. El teólogo, el predicador, no crea nuevas visiones del mundo y de la vida, sino que está al servicio

de la verdad transmitida. (Benedicto XVI, Audiencia General del miércoles 5 de noviembre de 2008)

Para una adecuada comprensión del patrimonio doctrinal del que participamos y que debemos asumir en nuestras vidas, no debemos olvidar nunca que “esta doctrina no es un cúmulo de verdades abstractas, es la comunicación del Misterio vivo de Dios” (San Juan Pablo II, *Catechesi Tradendae*, n. 7). El mensaje evangélico del Señor, del que somos portadores y testigos,

La doctrina de Cristo, no es un ‘sistema’, no es una combinación lógica de ideas. Lo mismo que su autor, es una ‘idea Encarnada’. Su autor mismo la asemejó a una ‘semilla’... (No es) una verdad lógica de donde se pueden deducir sistemáticamente todas las otras verdades religiosas, sino una *verdad para hacer* de donde surgirán a medida que la vaya haciendo, como de un manantial inagotable, otras innumerables verdades sin término posible, y sin variación tampoco. (Castellani, 2019, pp. 431 y 437-438. Cursivas en el original)

Entre esas “verdades para hacer”, que se desprenden del *Kerygma*, se cuentan las que se despliegan en la Doctrina Social de la Iglesia, que es un *corpus* de enseñanzas completo, abierto y flexible, que debe ser puesto en acción por los cristianos, especialmente los laicos: “De hecho, con esta doctrina, la Iglesia enseña un saber teórico-práctico que sostiene el compromiso de transformación de la vida social, para hacerla cada vez más conforme al diseño divino” (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n. 530). La conducta privada y pública del fiel, se inspira en ese maravilloso mensaje social, que nos enseña que el obrar cristiano se orienta a cumplir aquella enseñanza que es el corazón mismo de nuestra Fe y sin la cual, el Evangelio de Cristo sería incomprensible: *Les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros. Así como Yo los he amado, ámense los unos a los otros. En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos* (Jn 13:34-35). Mandamiento que se proyecta sobre todas las realidades del orden temporal, las personales, las familiares, las socioeconómi-

cas, hasta inspirar una convivencia política fundada en el amor: “La Ciudad Cristiana es la proyección sociopolítica de un impulso moral que está inspirado en la caridad” (Calderón Bouchet, 1998, p. 243). Enseña el magisterio:

El *Kerygma* tiene un contenido ineludiblemente social: en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. El contenido del primer anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad. (Francisco, *Evangelii Gaudium*, n. 177. Cursivas en el original)

Jesucristo es el Señor del cielo y de la tierra

*Para nosotros no hay más que un solo Señor,
Jesucristo, por quien todo existe y por quien
nosotros existimos (1 Cor 8:6)*

La dimensión social del anuncio evangélico se observa desde el inicio de la predicación de Cristo, luego de las Tentaciones en el Desierto y de la detención de Juan, el Bautista, cuando Jesús deja Nazaret y se establece en Cafarnaúm, desde donde empieza a exhortar al pueblo que lo escuchaba: *A partir de ese momento, Jesús comienza a proclamar: ¡Conviértanse, porque el Reino de los Cielos está cerca* (Mt 4:7). En estas primeras palabras públicas del Señor, que expresan “lo más sustancial y denso del *Kerygma*, está todo un orden cristiano que busca apoderarse de la totalidad del hombre en sus manifestaciones interiores y exteriores, privadas y públicas... En este núcleo germinativo del *Kerygma* está todo el orden de la vida humana con sus estructuras de familia, sociedad y poder orientados hacia la Iglesia de salud. No hay neutralidad frente a Jesucristo en los problemas y en las realidades propiamente humanas. La civilización, como civilización debe estar orientada a Jesucristo” (Meinvielle, 1966, pp. 297 y 298. Cursivas nuestras). Jesús, el Señor, es el principio y fundamento de la vida social de los hombres, pero también la finalidad a la que deben tender todas las iniciativas que se encaren en el orden personal e institucional, porque “lo mismo que

todo lo creado también lo social necesita redención y está referido a Cristo” (Höffner, 1983, p. 16).

Una mirada teológica sobre las cosas humanas, nos muestra que la salvación que trae Jesús, el *Rey Bendito que viene en nombre del Señor*, no se limita a restaurar a los seres humanos solitarios, aislados e indiferentes unos de otros. Por el contrario, “Dios, en Cristo, no redime solamente la persona individual, sino también las relaciones sociales entre los hombres” (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n. 52). La vida comunitaria debe apoyarse en el auténtico fundamento, puesto por Dios: “Sólo Cristo es el Señor (*Kyrios*), el único Señor... He aquí el principio básico de toda convivencia humana” (Farrell, 1991, p. 45. Cursivas en el original). Por ello, frente a erróneas formulaciones de nuestra Fe, que intentan reducirla a una suerte de placebo egoísta y desencarnado de la realidad, en la que Jesús aparece como una mera figura idílica e inocua de un pasado lejano, debemos sostener que también los ámbitos públicos (socio-económicos, políticos y culturales) en que se sitúan cotidianamente los seres humanos, son lugares privilegiados de apostolado, en los que debe ser proclamado como Señor y Cristo. Porque el orden temporal que integran las familias, los grupos intermedios, la sociedad política e incluso la comunidad internacional, necesita para alcanzar su propia y específica plenitud la ayuda sanante de la Gracia, que nos viene de Jesús.

En este tiempo necesitamos más que nunca ‘poner a Jesucristo en el centro y, siguiendo el camino indicado por *Evangelii Gaudium*, ayudar a las personas a vivir una relación personal con Él, para descubrir la alegría del Evangelio. En un tiempo de gran fragmentación, es necesario volver a los fundamentos de nuestra fe, al *Kerygma*’ —*Discurso a los obispos de la Conferencia Episcopal Italiana*, 17 de junio de 2025—. Y esto vale, ante todo, para nosotros: partir del acto de fe que nos hace reconocer en Cristo al Salvador y que se declina en todos los ámbitos de la vida cotidiana. Mantener la mirada fija en el rostro de Jesús nos hace capaces de mirar los rostros de nuestros hermanos. Es su amor

el que nos impulsa hacia ellos —cf. 2 Cor 5:14—. (León XIV, Discurso del jueves 20 de noviembre de 2025, a la 81ª Asamblea de la Conferencia Episcopal Italiana)

La evangelización *kerygmática* que civiliza al hombre

Busquen el Reino de Dios y su justicia, y lo demás se les dará por añadidura
(Mt 6, 23)

Explicando en qué consiste el mandato misionero encomendado por Jesús a aquellos a quienes considera *mis discípulos*, expresa Castellani:

‘Id y enseñad a todas las gentes’. La misión de la Iglesia es enseñar, no es hacer política, fundar o derribar gobiernos, ni siquiera ‘civilizar’ como dicen ahora; aunque eso lo haya hecho alguna vez por añadidura. Un misionero se va a Alaska, se sienta en un trozo de hielo, y a los esquimales que vienen no les dice: ‘Ahora os voy a enseñar el inglés, os voy a hacer una escuela y un hospital’. Les dice simplemente: ‘Jesucristo es Dios’, y si acaso no les dice eso es porque no puede por el momento, porque no sabe la lengua esquimal. *‘Enseñad todo lo que Yo os he mandado’*. ¿Qué es lo que hay que enseñar? No las Matemáticas o la Astronomía, sino la Religión; y estrictamente la Revelación; y eso, no solamente para saber, sino para hacer: es una enseñanza práctica o pragmática. *‘Ahora que sabéis todas estas cosas, dichosos seréis si las ponéis por obra’*. (Castellani, 1998, pp. 161-162. Cursivas en el original)

Es importante comprender los alcances de la obligación apostólica, esto es, de la evangelización *kerygmática* que Jesús encomienda a sus discípulos. Con la expresión Anuncio, implicamos no sólo la proclamación del *Kerygma*, sino también su proyección en la Catequesis (enseñanza ordenada y sistemática de la Fe) y en la necesidad de los Sacramentos (vías habituales para recibir el don de la gracia). En efecto:

Si la misión de la Iglesia se reduce, como lo hace Calvino, a una misión de anuncio y se da a los sacramentos únicamente el valor de unos signos de fe, no existe diferencia de régimen entre la Antigua y la Nueva Ley; la Iglesia desempeña el papel de los profetas, más exactamente aún el de Juan Bautista: anunciar la venida de Cristo y su Reino, conducir nuestra fe hasta Él. Pero la Iglesia, además de anunciar, tiene también otra misión, y los sacramentos, aunque sean signos de la fe, son además otra cosa: porque el Señor y la salvación no han de venir, sino que han venido ya. Se nos ha dado la vida, y la misión de la Iglesia, distinta de la misión de la Sinagoga, es la de comunicarnos esta vida mediante los santos sacramentos. El agua de su bautismo acompañada del Espíritu abre verdaderamente el Reino de Dios —comp. *Col 1:13*—; la Eucaristía que se celebra con el pan y el vino es verdaderamente el cuerpo y la sangre del Señor, y nos da la vida eterna —*Jn 6*—. (Congar, 1968, pp. 16-17)

El empeño misionero por anunciar el *Kerygma*, que debe ser asumido y vivido por los hombres y las sociedades, supone un esfuerzo incansable de los cristianos, por hacer llegar el Evangelio a todos los seres humanos, a todos los hogares, grupos infrapolíticos, sociedades estatales y entidades supranacionales. Todas ellas, sin exclusiones, están llamadas a conocer a Cristo y a plenificarse con su Presencia y con su Vida. Cristo quiere derramar su Gracia en cada una de ellas, y ser reconocido como su Señor, como su Rey, con un poder, el Suyo, que a diferencia del meramente mundano, no es despótico ni violento, como el de tantos personajes que en la historia han reivindicado una reyecía que no tenían: “Cristo Rey cambia —o más bien completa—, el sentido básico de la realeza. No consiste en el solo dominio (incluso en el propio dominio de sí), sino en la entrega. En este sentido ‘servir significa reinar’” (Wojtyła, 2014, p. 165. Cf. pp. 357-380). Por ello, instaurado en Cristo, su Rey y Señor, “el orden natural y cristiano supone la exaltación de los valores religiosos en espíritu de servicio, no en espíritu de dominación o de vanidad” (Sacheri, “El universitario frente a la doctrina marxista”, p. 158).

A partir del Encuentro con Cristo, conocido por el anuncio del *Kerygma*, es posible entender que la enseñanza social católica se distingue claramente de cualquier ideología, moderna o contemporánea. Porque a diferencia de todas éstas, tiene su sostén sapiencial en el Señor, y desde Él, con Él y para Él, edifica su imponente edificio doctrinal:

A partir de Jesús, Hijo de Dios, en el centro, como el misterio fundamental, se van articulando todas las doctrinas y enseñanzas de la Iglesia, de manera que el valor de cada una y la obligatoriedad de ellas se miden por la mayor o menor proximidad al misterio central de Jesucristo. (Antoncich- Munárriz, 1986, p. 17)

La centralidad de la verdad de Jesús, el Cristo, para toda la enseñanza católica, debe serlo también para su doctrina sobre las realidades temporales:

Es muy necesario situar la enseñanza social de la Iglesia en el marco de la nueva evangelización. Jesús no vino, ‘simplemente’, para curar a los enfermos, dar la vista a los ciegos, la palabra a los mudos, para proteger a la viuda y los huérfanos, para ser el último recurso de todos los desgraciados del mundo. Que la enseñanza social de la Iglesia haga todo esto no puede justificar la ocultación de la Buena Nueva esencial: Jesús es el Hijo de Dios, que se encarnó para cargar con todos los pecados del mundo y que llama a todos los hombres a la conversión y a la salvación. La enseñanza social de la Iglesia debe encontrar su arraigamiento en la referencia constante, del fundamento hasta el fin, en la proclamación de esa Buena Nueva. (Schooyans, 2006, pp. 205-206)

Desde Cristo, “Luz de las gentes” (Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, n. 1), comprendemos al ser humano, creado a imagen y semejanza divina y su lugar preeminente en la vida social, y entendemos cómo del Buen Amor entre el varón y la mujer, unidos en el matrimonio monogámico e indisoluble, brota la familia, célula básica de la sociedad y santuario de la vida, en la que se ejercitan los

deberes y derechos de los padres respecto de sus hijos en la patria potestad y las responsabilidades filiales de los hijos en relación a sus progenitores. Y de Cristo, “Palabra de Dios” (Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, n. 1), la Iglesia aprende que la Caridad sostiene todas las relaciones sociales, privadas y públicas, y da sentido a cada uno de los principios de organización de la sociedad (el “bien común”, la “solidaridad” y la “subsidiariedad”), y que la opción cristiana por el pobre es una exigencia que brota de nuestra Fe, que además nos enseña a amar nuestra tierra y sus valores tradicionales con un amor virtuoso, el patriotismo. Y de Jesús, “quien dio al trabajo una dignidad sobreeminente laborando con sus propias manos en Nazaret” (Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n. 67), aprendemos que el trabajo es un don de Dios y una misión para el hombre, que le permite reconocer el auténtico valor de las riquezas y de los bienes rechazando la idolatría de la avaricia, y entablar justas relaciones entre los empresarios y los trabajadores, entre los que mandan y los servidores, y las distintas instituciones que los representan. Y “a fin de manifestar a todos el mensaje de Cristo” (Concilio Vaticano II, *Apostolicam Actuositatem*, n. 31), la Iglesia enseña que cualquier autoridad, de la institución que fuere, tiene su origen en el Señor:

La realeza de Cristo, antes de su segunda venida gloriosa, es participada según dos líneas diferentes que no se entorpecen una a otra: como autoridad espiritual (lo cual no quiere decir nebulosa o desencarnada) en la Iglesia y como autoridad temporal en todo lo que afecta a este mundo. (Congar, 1963, p. 102)

Y que, bajo formas variables según los climas históricos, el ejercicio de la autoridad se orienta al servicio del bien común, pero sean las que sean esas modalidades, siempre debe resguardarse una conveniente relación entre los poderes eclesiásticos y los poderes civiles, en la que como telón de fondo se respete y promueva el impulso evangelizador de los cristianos por instaurar en Jesús el orden político, puesto “que el bien común temporal supone de suyo el respeto y, en la medida de lo posible, la colaboración (del poder público) con la autoridad religiosa para establecer el Reinado Social de Cristo a través de

instituciones respetuosas del orden natural” (Sacheri, “Estado y Educación”, p. 117, paréntesis nuestros). Esta adecuada vinculación entre Fe y razón, orden sobrenatural y orden natural, encuentra también un correlato en la relación entre la teología y la política:

La política es la disciplina más excelente, después de la teología; la aspiración política es la más noble después de la aspiración apostólica. Por otra parte, ellas no se oponen; considerada por el cristiano, la política tiene necesidad de la teología; el deseo de instaurar el bien común temporal no se opone al deseo de instaurar también o de introducir, en primer lugar, el bien común espiritual. (Lebret, 2019, p. 66. Cursivas en el original)

He aquí una verdad que señalamos insistentemente en estas páginas: desvinculadas del Señor, las realidades temporales (incluso las socio-económicas, políticas y culturales), se condenan a la imperfección, porque sólo unidas a Él, pueden desplegarse integralmente, pues *Dios quiso que en Cristo residiera toda la Plenitud* (Col 1:19). Y es unidas a Él, a su Persona, a su Vida y a sus enseñanzas, la manera en que cada una de las instancias que conforman el orden temporal pueden alcanzar su perfección, incluso natural, y elevarse, al mismo tiempo, al plano sobrenatural. Como dice el Rabino de Roma converso al cristianismo:

‘Adveniat regnum tuum’ —Mt 6:10: ‘Venga tu Reino’—, no sólo es una oración sublime, sino un programa de acción para todos; nadie está excluido. Todos indistintamente debemos contribuir a la obra de reconstrucción espiritual que pretende ‘instaurar todas las cosas en Cristo, ya sea en el cielo o en la tierra’ —Ef 1:10— (Zolli, 2006, p. 279. Cursivas en el original).

Enseña el magisterio:

En la Biblia, el título de ‘Señor’ designa ordinariamente al Dios soberano. Jesús se lo atribuye a sí mismo, y revela su soberanía divina mediante su poder sobre la naturaleza, sobre los demonios, sobre el pecado y sobre

la muerte, y sobre todo con su Resurrección. Las primeras confesiones de fe cristiana proclaman que el poder, el honor y la gloria que se deben a Dios Padre se le deben también a Jesús: Dios 'le ha dado el nombre sobre todo nombre' (Fil 2:9). Él es el Señor del mundo y de la historia, el único a quien el hombre debe someter de modo absoluto su propia libertad personal. (Benedicto XVI, *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 84)

La enseñanza social católica y la proclamación del *Kerygma*

Dice Mejía, poniendo en evidencia el lazo que une la enseñanza social católica con el *Kerygma*:

La doctrina social de la Iglesia no es un descubrimiento reciente, no tuvo comienzo con la *Rerum Novarum*: la encontramos ya en los Padres de la Iglesia, en la luminosa tradición medieval, en los grandes teólogos españoles de los siglos XVI y XVII, a los cuales se remonta, entre otras, la actual teoría del derecho internacional, y aún en otros. La doctrina social pertenece a la identidad tradicional del *Kerygma* evangélico, es decir, a la Tradición: no es por lo tanto, objeto de libre elección en la Iglesia. En el actual descubrimiento y revalorización de la doctrina social, este aspecto normativo se encuentra debidamente subrayado. (Mejía, 1998, p. 165)

Porque con Wojtyła sabemos que “*en el centro mismo del kerygma apostólico se encuentra siempre el misterio pascual de Jesucristo*” (2020, p. 62, cursivas en el original), podemos acoger con humildad la enseñanza de Francisco que nos invita a tener en cuenta que cualquier proyecto formativo que proponga un camino de crecimiento en la Fe,

Debe incluir ciertamente una formación doctrinal y moral. Es igualmente importante que esté centrado en dos grandes ejes: uno es la profundización del *Kerygma*, la experiencia fundante del encuentro con Dios a través de Cristo muerto y resucitado. El otro es el crecimiento en el amor fraterno, en la vida comunitaria, en el servicio. (Francisco, *Christus vivit*, n. 213)

Nuestro tiempo pos-cristiano se transforma en un abierto desafío para la misión apostólica irrenunciable e innegociable de todo cristiano de anunciar el *Kerygma*. Proclamar que Jesús es el *Rey Bendito que viene en nombre del Señor*, para salvarnos y para redimirnos individual y comunitariamente. En efecto, “ahora que nuestra época liberal y secularizada avanza renqueante, se nos brinda la oportunidad histórica de redescubrir y revitalizar la verdad sobre Cristo y la sociedad”, porque “Cristo es el único fundamento seguro de la paz social y de la prosperidad de una civilización”. Por ello, “quizá el lema más apropiado para aquello a lo que aspira el pensamiento social católico sería *Totus Christus* —todo Cristo— en las familias, en las comunidades y, si Dios quiere, en toda las sociedades” (Hahn, 2019, pp. 158, 174 y 150. *Cursivas en el original*).

Como enseña San Juan Pablo II,

Anunciar el Evangelio no es solamente proclamar que Jesús es el Cristo; es también labrar sin cesar la historia del hombre, explotando las riquezas insondables de Aquel ‘que se hizo pobres por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza’ —2 Cor 8:9. Evangelizar es trabajar sin descanso para enriquecer al hombre de Cristo y en Cristo” (1982, p. 190).

Por ello, enseña Francisco, “junto con Cristo, sobre las ruinas que nosotros dejamos en este mundo por nuestro pecado, se nos llama a construir una nueva Civilización del Amor” (*Dilexit nos*, n. 182).

Cristo Rey y María Reina

“¡Grita a voz en cuello y no te detengas; alza tu voz como una trompeta!
(Is 58:1)

Comenzamos esta meditación reflexionando sobre un pasaje del Evangelio cuyo centro es Jesús, y la proclamación de su realeza mesiánica. Y vamos a cerrarla abrevando en el Libro de los

Salmos, verdaderas joyas sapienciales atesoradas por la Iglesia en su plegaria y en su doctrina. Entre ellos, nos detenemos en uno de los salmos reales (llamados así porque profetizan al Cristo, el Mesías Rey), el Salmo 110, “quizá el más sublime de todos los salmos” (González Brown, 1982, p. 201), que escrito mil años antes de su Advenimiento, “ilumina la figura del Mesías venidero” (Guardini, 2008, p. 13). Este poema religioso, cumbre de la lírica y de la profecía hebrea, constituye uno de los testimonios escriturísticos privilegiados para develar la fisonomía mesiánica de Cristo, y su Señorío sobre el cosmos y sobre la historia, al expresar que Jesús, luego de su Ascensión a los Cielos, está sentado a la diestra del Padre, desde donde ejerce su sacerdocio y su realeza, mientras espera el Día de su Manifestación, su Retorno glorioso en la Parusía (cf. Sal 110:1 y 5-7).

Pero Jesús, el Cristo, no está solo. Otro salmo real completa la escena: *a Tu derecha está la Reina, adornada con joyas y con oro de Ofir* (Sal 45:10). Ella, la Reina, lo acompaña y

Actúa en comunión de inteligencia y de voluntad con el Rey. Es menor que Él, infinitamente; pero su sitio jerárquico no es a los pies, sino a la diestra del Señor, compartiendo, con la plenitud de la gracia y de los dones, su potestad real y pontificia. (Vallejo, 1959, p. 101)⁵

Se trata de la Virgen. La Reina es *María, la madre de Jesús* (Hch 1:14), es decir, *la Madre de mi Señor* (Lc 1:43), y también madre nuestra: *Junto a la cruz de Jesús estaba su Madre... al ver a la Madre y cerca de ella al discípulo a quien Él amaba, Jesús le dijo: Mujer, aquí tienes a tu hijo'. Luego dijo al discípulo: 'aquí tienes a tu Madre'* (Jn 19:25-27).

⁵ Refiriéndose a ese pasaje del Salmo 45:10, dice Hahn: “Ese renglón describe con toda seguridad la corte del cielo del último rey de la dinastía de David, Jesucristo, que reina con su reina madre a la derecha (...) como Salomón reinó junto a Betsabé” (2009, p. 107).

Hablando de la Virgen, San Juan Pablo II enseña que “coronada de gloria —como aparece en el último misterio glorioso—, María resplandece como Reina de los Ángeles y los Santos, anticipación y culmen de la condición escatológica de la Iglesia” (*Rosarium Virginis Mariae*, n. 23). Pero la reyecía de María no sólo se ejerce en el Cielo, sino también aquí, en la tierra, como atestigua su manifestación en el Tepeyac a San Juan Diego, bajo la advocación de Guadalupe y el impacto que tuvo en la evangelización de América (cf. Caturelli, 1991). Siguiendo su ejemplo,

Con la misma fe de María, convirtámonos en tejedores de esperanza en nuestro mundo, compartiendo lo que somos y lo que tenemos, para que la presencia de Jesús crezca entre nosotros y su Reino tome forma. (León XIV, *Magnifica Humanitas*, n. 245)

María es la Emperatriz de América y Reina de toda la Creación desde su humildad: *Mi alma canta la grandeza del Señor, y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi salvador, porque Él miró con bondad la pequeñez de su servidora. En adelante todas las generaciones me llamarán feliz, porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas: ¡su Nombre es santo!* (Lc 1:46-49). Como expresa Shaw:

María es la Reina del mundo porque es la más simple, la más pequeña, la más verdadera de las mujeres, por esto tuvo la misión de gobernar la tierra; porque una sola mirada suya, pura y simple, puede despedazar las envolturas de hielo que se acumulan continuamente sobre nosotros y que nos impide amarnos, amar a Dios y tender hacia Él. (Shaw, 2021, p. 121)

A Jesús, Cristo Rey, por intermedio de la Virgen, María Reina, ofrendamos nuestros empeños apostólicos.

*El Ángel le dijo: 'No temas, María, porque Dios te ha favorecido.
Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús;
Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo.
El Señor Dios le dará el trono de David, su padre,
reinará sobre la casa de Jacob para siempre
y su reino no tendrá fin' (Lc 1:30-33)*

Ricardo von Büren
Director Filópolis en Cristo
Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino
ricardo.vonburen@unsta.edu.ar

Referencias

- Abbagnano, N. (1996). *Diccionario de Filosofía* (Alfredo Galletti, trad). Fondo de Cultura Económica.
- Antoncich, R. y Munárriz, J. M. (1987). *La Doctrina Social de la Iglesia*. Paulinas.
- Benedicto XVI. (2005). *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*. https://www.vatican.va/archive/compendium_ccc/documents/archive_2005_compendium-ccc_sp.html
- Benedicto XVI. (13 de mayo de 2007). *Homilía en la Misa de Inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, reunida en Aparecida (Brasil)*. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2007/documents/hf_ben-xvi_hom_20070513_conference-brazil.html
- Benedicto XVI. (5 de noviembre de 2008). *Audiencia General*. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2008/documents/hf_ben-xvi_aud_20081105.html
- Benedicto XVI. (17 de octubre de 2012). *Audiencia General*. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2012/documents/hf_ben-xvi_aud_20121017.html
- Benedicto XVI. (2025). *El Señor nos sostiene de la mano. Homilías inéditas: 2005-2017* (A. Sonzini, trad.). Ágape.

- Calderón Bouchet, R. (1998). *La Ciudad Cristiana*. Ciudad Argentina.
- Castellani, L. (1978). *Los Papeles de Benjamín Benavides*. Dictio.
- Castellani, L. (1984). *Las ideas de mi Tío, el Cura*. Excalibur.
- Castellani, L. (1997). *El Evangelio de Jesucristo*. Vórtice.
- Castellani, L. (1997). *Lecciones sobre Psicología Humana*. Jauja.
- Castellani, L. (1998). *Domingueras Prédicas II*. Jauja.
- Castellani, L. (2004). *Cristo, ¿Vuelve o no vuelve?* Vórtice.
- Castellani, L. (2019). *Las Parábolas de Cristo. Doce Parábolas cimeronas*. Vórtice- Jauja.
- Castellani, L. (2020). *Cristo y los Fariseos*. Jauja.
- Castro de Dios, J. A. (2020). *Castellani y los Fariseos: Un análisis del concepto de fariseísmo en la obra de Leonardo Castellani*. Universidad de Navarra.
- Caturelli, A. (1971). *Mamerto Esquiú. Vida y pensamiento*. Teuco.
- Caturelli, A. (1991). *El Nuevo Mundo*. Edamex.
- Concilio Vaticano II. (1964). Constitución dogmática *Lumen Gentium*.
https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html
- Concilio Vaticano II. (1965). Constitución dogmática *Dei Verbum*.
https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651118_dei-verbum_sp.html
- Concilio Vaticano II. (1965). Constitución pastoral *Gaudium et Spes*.
https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html
- Concilio Vaticano II. (1965). Decreto sobre “*El apostolado de los laicos*”.
https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decree_19651118_apostolicam-actuositatem_sp.html
- Congar, Y. (1968). *Cristo, María y la Iglesia*, trad. de Rosa Armet. Estela.
- Congar, Y. (1963). *Jalones para una teología del laicado* (S. Fuster, trad.). Estela.
- Declercq, C. (2023). La Iglesia en defensa de la ecología integral. *Filópolis en Cristo*, 1, 97-122. <https://revistas.unsta.edu.ar/index.php/FEC/article/view/955/1103>

- El Libro del Pueblo de Dios. (1990).
https://www.vatican.va/archive/ESLo506/_INDEX.HTM
- Esquiú, M. (2022). “El Hablador”, publicado en el diario *El Ambato*, Catamarca, 1857, en *Obras de Fray Mamerto Esquiú. Sermones, Tomo II. Ágape*.
- Farrell, G. T. (1991). *Doctrina Social de la Iglesia: Introducción e historia de los documentos sociales de la Iglesia*. Guadalupe.
- Fraile, G. y Urdanoz, T. (1982). *Historia de la Filosofía. Tomo I: Grecia y Roma*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Francisco. (2013). Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*.
https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html
- Francisco. (2015). Encíclica *Laudato si*.
https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html
- Francisco. (2023). Exhortación Apostólica *Laudate Deum*.
https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/20231004-laudate-deum.html
- Francisco. (2019). Exhortación Apostólica post-sinodal *Christus vivit*, a los jóvenes y a todo el Pueblo de Dios.
https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20190325_christus-vivit.html
- Francisco. (2024). Encíclica *Dilexit nos*.
<https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/20241024-enciclica-dilexit-nos.html>
- Francisco. (2025). *Esperanza. La Autobiografía*. Plaza&Janés.
- Genta, J. B. (1949). *El filósofo y los sofistas*. Lumen.
- González Brown, J. (1982). *Libro de los Salmos*, versión directa del hebreo y comentarios. Porrúa.
- Guardini, R. (2008). *La sabiduría de los Salmos*. Ágape.
- Hahn, S. (2009). *Dios te salve, Reina y Madre. La Madre de Dios en la Palabra de Dios* (E. Fiestas Lê-Ngoc, trad.). Rialp.
- Hahn, S. (2016). *La evangelización de los católicos. Manual para la misión de la Nueva Evangelización* (J. G. Rodríguez Pazos, trad.). Palabra.

- Hahn, S. (2019). *La primera sociedad. El matrimonio y la restauración del orden social* (G. Esteban, trad.). Rialp.
- Höffner, J. (1983). *Manual de Doctrina Social Cristiana*, versión española de Lucio García Ortega. Rialp.
- IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. (1992). *Santo Domingo: Conclusiones*. Paulinas.
- Lebret, L. J. (2019). *Escritos Espirituales* (M. Gómez Mena y J. T. Vázquez Páez, trads.). Editorial UNSTA.
- León XIV. (1 de noviembre de 2025). *Homilía en la Festividad de Todos los Santos, proclamación de San John Henry Newman como Doctor de la Iglesia y Co-Patrono de la Educación Católica -junto a Santo Tomás de Aquino*. <https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/homilies/2025/documents/20251101-messa-giubileo-formatori.html>
- León XIV. (20 de noviembre de 2025). Discurso a la 81ª Asamblea de la Conferencia Episcopal Italiana. <https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/speeches/2025/november/documents/20251120-assisi-cei.html>
- León XIV. (2026). Encíclica *Magnifica Humanitas*. <https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/encyclicals/documents/20260515-magnifica-humanitas.html>
- Mauriac, F. (1965). *La Farisea*. Plaza & Janés.
- Meinvielle, J. (1966). *La Iglesia y el mundo moderno*. Theoría.
- Mejía, J. (1998). *La cuestión social. Temas de Doctrina Social de la Iglesia*. Paulinas-Criterio.
- Newman, J. H. (1981). *Discursos sobre la Fe* (J. Morales, int., trad., y notas). Rialp.
- Newman, J. H. (1991). *Teoría del Desarrollo Doctrinal*, “Sermón Universitario XV”, predicado el 2 de febrero de 1943, Fiesta de la Purificación de María (A. Box, trad.). Cristianisme i Justícia.
- Newman, J. H. (2019). *Apologia pro Vita Sua: Historia de mis ideas religiosas* (V. García Ruiz y J. Morales, int., trad. y notas). Encuentro.
- Newman, J. H. (2020). *Sermones Católicos* (F. M. Cavaller, trad.). Ágape.
- Rodríguez Quesada, A. F. (2020). François Mauriac: novelista y apologeta de la fe. A los 50 años de su fallecimiento. *Isidorianum*, 20(1), 145-188.

- Sacheri, C. A. (2014). El universitario frente a la doctrina marxista, en *Orden Social y Esperanza Cristiana*. Escipión.
- Sacheri, C. A. (2014). Estado y Educación, en *Orden Social y Esperanza Cristiana*. Escipión.
- Saénz, A. (2002). *El Pendón y la Aureola*. Santa Catalina de Siena, Gabriel García Moreno, Antonio Rivera, Andoni Gaudí. Gladius.
- San Juan Pablo II. (1979). Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae*.
https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_16101979_catechesi-tradendae.html
- San Juan Pablo II. (1982). *¡No tengáis miedo! André Frossard dialoga con Juan Pablo II*. Plaza & Janés.
- San Juan Pablo II. (1986). Carta Apostólica *Augustinum Hipponensem*.
https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/1986/documents/hf_jp-ii_apl_26081986_augustinum-hipponensem.html
- San Juan Pablo II. (1990). Encíclica *Redemptoris Missio*.
https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_07121990_redemptoris-missio.html
- San Juan Pablo II. (2002). Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*.
https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/2002/documents/hf_jp-ii_apl_20021016_rosarium-virginis-mariae.html
- Scheler, M. (2025). *Ética: El Formalismo en la ética. Ética Material de los Valores: Nuevo Ensayo de fundamentación de un Personalismo ético* (H. Rodríguez Sanz, trad.). Caparrós.
- Schooyans, M. (2006). *La enseñanza social de la Iglesia. Síntesis, actualización y nuevos retos* (B. de Gobbi, trad.). Palabra.
- Shaw, E. (2021). *María y comunidad de vida. Recopilación de pensamientos de Enrique Shaw* (S. Shaw de Critto, comp.). Claretiana.
- Shaw, E. (2022). *... Y dominad la tierra. Mensajes de Enrique Shaw*. El Álamo.
- Shaw de Critto, S. (2024). *Viviendo con Alegría. Testimonio y breve biografía de Enrique Shaw*. Claretiana.

- Sheen, F. (2015). *Tesoro en vasija de barro. Autobiografía de Fulton J. Sheen*. Logos.
- Tarragona i Clarasó, J. M. (2016). *Gaudí. El Arquitecto de la Sagrada Familia*. Torsimany.
- Vallejo, A. (1959). *Melquisedec o el Sacerdocio Real*. Itinerarium.
- V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (2007). *Documento de Aparecida*. Paulinas.
- von Büren, R. (2023). La caridad de Cristo nos apremia (2 Cor 5:14). *Filópolis en Cristo*, 1, 1-12. <https://revistas.unsta.edu.ar/index.php/FEC/article/view/951/1099>
- von Büren, R. (2024). Editorial. Fue y proclamó en toda la ciudad lo que Jesús había hecho por él (Lc 8.39). *Filópolis en Cristo*, 2, 1-22. <https://revistas.unsta.edu.ar/index.php/FEC/article/view/1008/1199>
- von Büren, R. (2024). *Laudato si y Laudate Deum*. Una lectura cristocéntrica del Evangelio de la Creación. *Filópolis en Cristo*, 2, 35-70. <https://revistas.unsta.edu.ar/index.php/FEC/article/view/1010/1201>
- Wojtyla, K. (1982). *Max Scheler y la ética cristiana*, texto de la Tesis de Habilitación de Karol Wojtyla de 1953, titulada “Evaluación de la Posibilidad de construir la Ética Cristiana sobre el sistema de Max Scheler”. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Wojtyla, K. (2014). *Estoy en tus manos: Cuadernos personales (1962-2003)*. Planeta.
- Wojtyla, K. (2020). *Trece catequesis inéditas. Sobre el discurso de Pablo en el Areópago* (J. D. Albeza Asencio, trad.). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Zolli, E. M. (2006). *Antes del Alba: La conversión del Rabino de Roma. Autobiografía*. Palabra.



Publicado bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional